

POLARIZACIÓN: QUÉ ES, CÓMO SE MIDE Y POR QUÉ IMPORTA

Agustín Casas

CUNEF Universidad

Todo lo que usted siempre quiso saber sobre la polarización y no se atrevió a preguntar. ¿Qué es?, ¿cómo se mide? y, sobre todo, ¿por qué importa? Es una palabra de la que todos hablan y que pocos definen con precisión. Este número de **Papeles de Economía Española** se propone responder a esas tres preguntas con dos acentos deliberados: la economía y España. El primero, porque la polarización tiene causas y consecuencias económicas de primer orden que conviene poner sobre la mesa. El segundo, porque buena parte de lo que sabemos procede del caso estadounidense, y el español —con su sistema multipartidista, su descentralización territorial y su reciente fragmentación parlamentaria— no siempre encaja en ese molde.

¿UNA SOCIEDAD POLARIZADA?

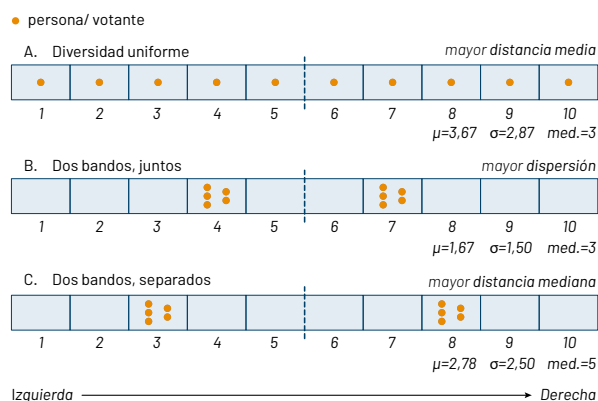
Antes de responderlas, conviene detenerse en una pregunta previa: ¿qué queremos decir exactamente al hablar de polarización? Empecemos haciendo trampa. Imaginemos diez personas ordenadas de izquierda a derecha según sus preferencias, cada una en su casillero, como en el panel A del gráfico 1. ¿Es esta una sociedad polarizada? Nadie lo diría: hay diversidad, pero no bandos. Si hubiera una elección entre un candidato de izquierda y otro de derecha, el resultado sería un empate a cinco.

Modifiquemos ahora la distribución agrupando a las diez personas en dos bloques compactos. En el panel B, los dos bloques se sitúan cerca del centro; en el panel C, igual de compactos, pero alejados entre sí. La elección sigue terminando cinco a cinco en los tres casos —el resultado electoral no revela nada sobre la polarización— y, sin embargo, la intuición cambia: casi todos coincidiríamos en que el panel C, con dos bandos nítidos y distantes, retrata lo que entendemos por una sociedad polarizada.

El ejercicio encierra dos lecciones. La primera es que polarización no es lo mismo que diversidad o desacuerdo: el panel A, en el que cada persona piensa distinto, es precisamente el que poca gente llamaría polarizado. Lo que reconocemos como polarización es la aparición de dos bandos y la distancia que los separa. La segunda lección es más incómoda y la resume el propio gráfico 1: según la vara de medir, gana un panel distinto. La distancia media entre individuos es mayor en el panel A —el más diverso, que sin embargo nadie llamaría polarizado—; la distancia mediana es mayor en C; y la dispersión es menor en B, donde dos bloques pequeños y centrados producen una sociedad muy poco “dispersa” pese a estar visiblemente dividida. Incluso C, que parece la más polarizada, está menos dispersa que la diversa A. La Real Academia de la Lengua Española tampoco ayuda: polarizar

GRÁFICO 1 DISTRIBUCIÓN DE VOTANTES

Tres distribuciones de diez votantes sobre un eje izquierda-derecha; en las tres, una elección entre un candidato de izquierda y otro de derecha termina cinco a cinco. La polarización no es mera diversidad (panel A), sino la existencia de dos bloques (B y C) y la distancia entre ellos (C)



Notas: Cada vara de medir corona un panel distinto: la distancia media, el A; la mediana, el C; la menor dispersión, el B. Bajo cada distribución: μ = distancia media entre todos los pares de individuos; σ = desviación típica de las posiciones; *med*= mediana de las distancias entre pares. En cursiva, el valor mínimo de cada panel.

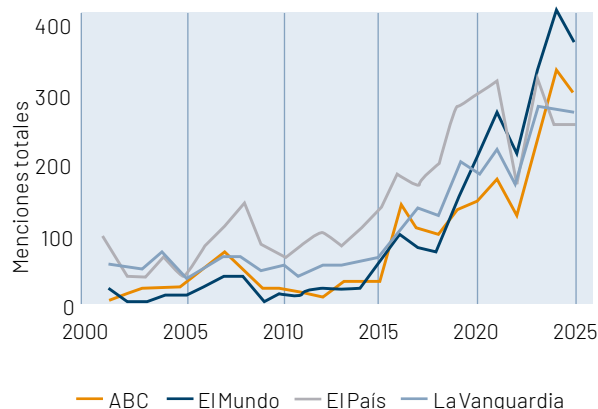
Fuente: Elaboración propia.

es tanto “concentrar la atención o el ánimo en algo” como “orientar en dos direcciones contrapuestas”. Por eso, antes de afirmar que una sociedad está muy polarizada, conviene precisar dos cosas: polarización de qué y medida cómo. Parafraseando a un juez estadounidense: aun sin una definición que abarque todos los tipos de polarización, la reconoceremos cuando la veamos o, en nuestro caso, cuando la midamos.

UNA PALABRA EN BOCA DE TODOS

Esa cautela contrasta con la fortuna pública del término. El gráfico 2 cuenta cuántas veces aparece “polarización” en cuatro grandes periódicos españoles desde 2000. La serie es plana hasta mediada la década de 2010 y a partir de ahí se dispara: en torno a las elecciones de 2015 y 2016, con la pandemia y de nuevo en los años más recientes, las menciones se multiplican. El patrón es además heterogéneo, pero

GRÁFICO 2 MENCIONES ANUALES DE “POLARIZACIÓN” EN CUATRO DIARIOS ESPAÑOLES (ABC, EL MUNDO, EL PAÍS, LA VANGUARDIA), 2000-2025



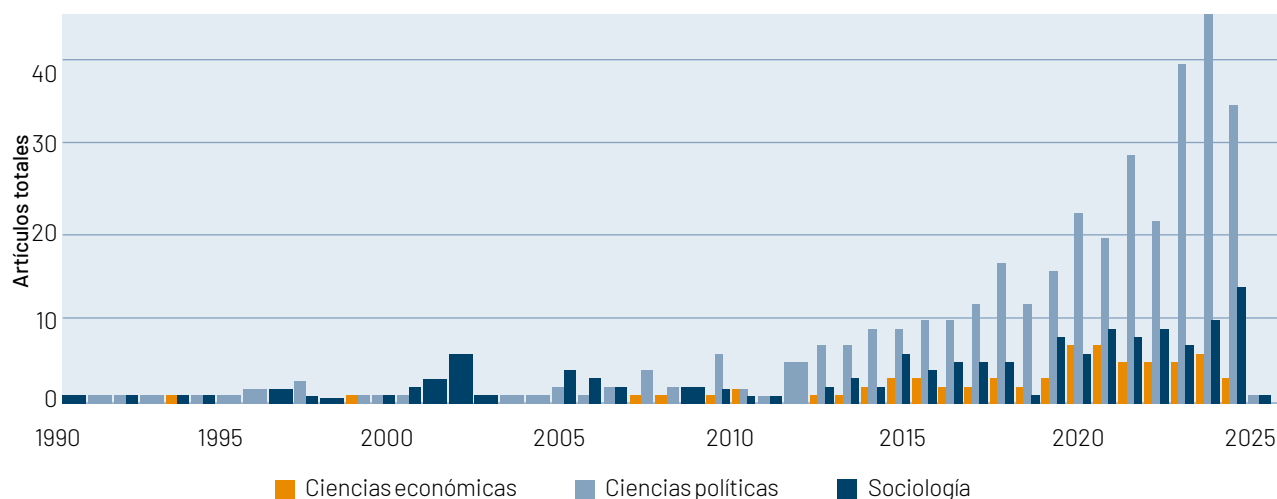
Fuente: Elaboración propia.

la tendencia común es inequívoca: la polarización pasó de tecnicismo académico a categoría del debate cotidiano.

Algunas ciencias sociales siguieron un camino paralelo, aunque desigual entre disciplinas. El gráfico 3 recoge la producción científica sobre polarización en economía, ciencia política y sociología. La ciencia política domina y crece de forma explosiva desde 2015; la sociología ocupa un lugar intermedio; y la economía exhibe la presencia más discreta. Dentro de ella, la rama de la economía política —recientemente representada por el Premio Nobel de 2024 a Acemoglu, Johnson y Robinson por su análisis del papel de las instituciones en la prosperidad de las naciones— se ocupa de la polarización, más o menos de forma excepcional. Estas circunstancias son, en buena medida, la razón de ser de este volumen.

Y, sin embargo, fueron los economistas Joan Esteban y Debraj Ray quienes escribieron *On the measurement of polarization* en 1994 (Esteban y Ray, 1994), donde los autores proponen un índice de polarización que formaliza algunas ideas esbozadas arriba. Por ejemplo, la de “identificación dentro del grupo y alienación entre grupos” que se

GRÁFICO 3
ARTÍCULOS ACADÉMICOS SOBRE POLARIZACIÓN POR DISCIPLINA, 1980-2025



Nota: La economía es la disciplina con menor producción pese al auge general del tema.

Fuente: Elaboración propia.

ilustra en los paneles del gráfico 1. Esa familia de medidas ha servido para estudiar desde el conflicto civil (Montalvo y Reynal-Querol, 2005) hasta la relación entre desigualdad y polarización legislativa (McCarty *et al.*, 2006). Más recientemente, Gentzkow *et al.* (2019) han llevado la medición al terreno del lenguaje, cuantificando cuánto difieren demócratas y republicanos en su forma de hablar en el Congreso de los Estados Unidos (Gentzkow *et al.*, 2019). Los trabajos de este número se inscriben en esa tradición y la amplían en tres frentes: qué es la polarización, cómo medirla y por qué importa.

¿DE QUÉ POLARIZACIÓN HABLAMOS? CONCEPTO Y DIMENSIONES

La pregunta “polarización de qué” no es retórica. Los economistas no estudian solo preferencias electorales o identidades partidarias: también la polarización de la renta y la riqueza, de los valores, del consumo cultural, de las opiniones sobre políticas públicas e incluso de las percepciones sobre los hechos. Y cada una de esas polarizaciones exige una medida distinta. No es lo mismo cuán separados están dos votantes en una escala ideológica que

cuán segmentadas están dos comunidades en sus fuentes de información o en su estilo de vida.

La cara más cercana de ese fenómeno es la vida cotidiana. En su artículo, **Luis Miller** introduce el concepto de polarización cotidiana —el solapamiento entre identidad partidaria y estilos de vida, gustos y consumos, que desarrolla también en su ensayo *Polarizados* (Miller, 2023)— adaptando a España la conocida pregunta de DellaPosta *et al.* sobre por qué los progresistas beben lattes a la más vernácula por qué no escuchan flamenco (DellaPosta *et al.*, 2015). Allí documentan que hábitos en apariencia apolíticos (la música, la dieta, el ocio) se alinean con la intención de voto y que esa alineación sobrevive al control por variables sociodemográficas.

Conviene, en cualquier caso, ordenar el vocabulario, porque las dos formas de polarización política más estudiadas no son la misma cosa ni se miden igual. La polarización *ideológica* mide la distancia entre las posiciones programáticas de ciudadanos o partidos. Suele estimarse de tres maneras: por la autoubicación de los encuestados en una escala izquierda-derecha; por encuestas a expertos que

sitúan a los partidos en esa escala —como el *Chapel Hill Expert Survey*—; y de forma revelada a partir del comportamiento, ya sea mediante las votaciones nominales en los parlamentos —de donde surgen indicadores como DW-NOMINATE, probablemente la medida más utilizada (McCarty *et al.*, 2006). La polarización *afectiva*, en cambio, no mide cuánto discrepan los bandos, sino cuánto se detestan: la antipatía, la desconfianza y la distancia social hacia el adversario, que se captan en encuestas mediante “termómetros de simpatía” o preguntas sobre la disposición a relacionarse con votantes del otro bando (Iyengar *et al.*, 2019). La distinción es crucial porque ambas magnitudes pueden moverse en direcciones opuestas: cabe discrepar mucho sin hostilidad, y detestarse sin grandes diferencias programáticas. En su contribución a este número, **Carlos Sanz** aborda de frente esa relación para España, a partir de una encuesta propia, y muestra que el vínculo entre polarización afectiva y polarización económica no es uniforme: es positivo en las preferencias fiscales, nulo en las de equidad y redistribución, y *negativo* en las macroeconómicas. La lección metodológica es contundente: tratar la ideología como una única dimensión oculta heterogeneidades sustanciales que existen incluso dentro de lo económico. Es la lógica del *social sorting*: cuando las divisorias políticas, sociales y de consumo se superponen, los bandos se vuelven mundos completos y la distancia entre ellos se hace difícil de salvar.

¿CÓMO SE MIDE? MÉTODOS Y NUEVAS MÉTRICAS

Definir es solo el principio; medir es el oficio. Tres trabajos de este monográfico aportan instrumentos complementarios, cada uno adaptado a una dimensión y a una fuente de datos distinta.

En su artículo, **Andreu Arenas** se ocupa de la polarización electoral en España con un nivel de detalle inédito: la sección censal. Su contribución es, ante todo, de *descomposición*. Calcula un índice de polarización para cada una de las más de 35.000 secciones y separa, primero, cuánto del aumento se debe a diferencias entre territorios frente a diferencias *dentro* de cada uno; y, después, cuánto responde a una movilización

diferencial frente a una intensificación del voto hacia opciones más extremas. El resultado matiza la importación acrítica del relato estadounidense: España no reproduce el *big sort* de barrios ideológicamente segregados —el componente intrasección domina abrumadoramente—, sino una intensificación del conflicto dentro de comunidades que siguen siendo mixtas. Esa distinción entre movilizar y persuadir tiene un correlato teórico directo: Balart *et al.* (2025) modelizan el gasto de campaña como una combinación de ambos canales y estudian cómo interactúan con la polarización y la participación.

El artículo de **Marina Diakonova**, **Corinna Ghirelli**, **Javier J. Pérez** y **Aitana Simo** lleva la medición al plano comparado y de alta frecuencia. A partir de la prensa de siete países de Europa y Norteamérica, construyen dos índices mensuales: uno de polarización política y otro, separado, de bloqueo legislativo. La distinción es importante porque muchas medidas confunden la polarización con uno de sus efectos institucionales, el gridlock; separarlos permite ver, por ejemplo, que en Italia la polarización aumentó sin un bloqueo equivalente. Su retrato es además de magnitudes: la polarización crece en todo el bloque occidental desde la crisis financiera, pero a un ritmo aproximadamente doble en Norteamérica que en Europa.

El tercer instrumento es el del lenguaje. En la línea de Gentzkow *et al.* (2019), **Agustín Casas** y **Jaime Dorronsoro** convierten en su artículo cada intervención parlamentaria en un vector semántico mediante modelos de embeddings contextuales y miden la polarización como distancia entre los discursos medios de los partidos. Aplicado al Congreso de los Diputados en torno a la declaración del estado de alarma de marzo de 2020, el método revela que la pandemia no suspendió la competición política, sino que la reorganizó: las distancias se ampliaron a lo largo del eje gobierno-oposición en lugar de difuminarse en una voz común de la Cámara.

Estas aproximaciones empíricas dialogan con la teoría económica de la polarización. Casas (2020) muestra cómo las reglas internas de selección de candidatos —las primarias— pueden alimentar el extremismo ideológico de los partidos, un recorda-

torio de que la polarización de la oferta política tiene raíces institucionales y no solo sociales. La teoría ha modelizado además sus consecuencias dinámicas: Nunnari y Zapal (2017) estudian, en un marco de elecciones repetidas, cómo la polarización ideológica de los partidos afecta al bienestar del electorado. Y Balart *et al.* (2022) ofrecen un mecanismo que conecta directamente con las tendencias de los gráficos 2 y 3: un aumento en la eficacia de la publicidad electoral, o una caída en la conciencia política del electorado, incrementa la polarización y puede explicar su coincidencia histórica con el gasto en campañas. La tecnología, en suma, no es neutral respecto a la distancia entre los bandos.

¿POR QUÉ IMPORTA? CAUSAS Y CONSECUENCIAS ECONÓMICAS

Llegamos a la pregunta que el editorial colocaba por encima de las demás. La polarización importa porque tiene raíces económicas y, a su vez, efectos económicos.

Del lado de las causas, **José V. Rodríguez Mora** firma en su artículo la pieza de fondo del volumen. Su tesis es que la globalización y el cambio técnico sesgado erosionan conjuntamente a la clase media productiva y crean así las condiciones materiales de la polarización política. La evidencia reciente sitúa el aumento de la desigualdad entre sectores —el mismo patrón en Estados Unidos e Italia, pese a instituciones laborales opuestas—, lo que apunta a fuerzas tecnológicas compartidas más que a la mera apertura comercial. Y, sin embargo, la polarización se canaliza políticamente a través del comercio porque, a diferencia de la tecnología, la apertura se percibe como una decisión deliberada y, por tanto, como un agravio atribuible. El argumento entronca con la evidencia de que la exposición a la competencia importadora desplaza el voto hacia los extremos (Autor *et al.*, 2020) y con el mecanismo tecnológico de Balart *et al.* (2022).

Del lado de las consecuencias, dos trabajos examinan cómo la fragmentación del poder altera las políticas públicas. El artículo de **Marc Pugimulé-Solà** y **Pilar Sorribas-Navarro** estudia los municipios españoles y muestra que la fragmentación política no determina si se consolida fiscalmente, pero sí cómo:

los gobiernos fragmentados tienden a subir ingresos y a proteger el gasto corriente en lugar de recortarlo. La fragmentación, en definitiva, no paraliza la política fiscal, pero condiciona su composición (Azzimonti, 2018). No todas las consecuencias son adversas, ni todas las instituciones amplifican la polarización: algunas la moderan. Aquí los artículos de Rodríguez Mora y de Maurer y Puy dialogan, en cierto modo, sobre las dos caras de la integración. Si en el primero la integración económica —la globalización— alimenta la polarización cuando los ciudadanos la viven como una decisión política deliberada, en el segundo la integración política la atenúa. **Ingrid Maurer** y **M. Socorro Puy** muestran en su artículo que la integración europea actúa como un contrapeso ideológico. Los ciudadanos apoyan la integración cuando perciben a la Unión Europea como más próxima que su propio gobierno nacional; y, como los gobiernos nacionales difieren entre sí, la extrema derecha y la extrema izquierda no logran coordinar un bloque euroescéptico coherente. La gobernanza multinivel europea, así, suaviza la traducción de la polarización ideológica nacional en una fractura supranacional.

El último peldaño de esta escalera es el más inquietante, y sobre el que aún queda mucho trabajo por hacer. La polarización puede llegar hasta los propios hechos: Alesina *et al.* (2020) muestran que demócratas y republicanos no solo valoran de forma distinta la realidad, sino que la perciben de forma distinta: discrepan sobre datos verificables —cuántos inmigrantes hay, cuánta movilidad social— en función de su identidad partidaria. Que el desacuerdo alcance a los hechos, y no solo a los valores, erosiona la base misma de la deliberación democrática. Hay fenómenos que nos tocan más de cerca: (Balcells y Kuo, 2023) documentan que la cuestión secesionista catalana ha alimentado una intensa polarización afectiva entre partidarios y detractores. Casas *et al.* (2024) muestran cómo la sentencia del Tribunal Constitucional sobre el Estatuto catalán elevó el apoyo a la independencia y polarizó a la sociedad catalana, intensificando las posiciones de quienes partían de unas identidades más “fuertes”. La polarización deja de ser solo un problema de convivencia para convertirse en un problema de eficacia: encarece la deuda, retrasa las reformas, fragmenta la información y debilita la capacidad colectiva de responder a las crisis.

NOTA FINAL

Dice mi madre: “Las brujas no existen, pero que las hay, las hay”. Con la polarización ocurre algo parecido: nuestro trabajo es definir con cuidado de qué polarización hablamos, medirla con instrumentos transparentes y rastrear sus causas y consecuencias. Los siguientes trabajos hacen precisamente eso, y lo hacen mirando a España y desde la economía.

BIBLIOGRAFÍA

- Alesina, A., Miano, A., y Stantcheva, S. (2020).** The polarization of reality. *AEA Papers and Proceedings*, 110:324–328.
- Autor, D., Dorn, D., Hanson, G., y Majlesi, K. (2020).** Importing political polarization? The electoral consequences of rising trade exposure. *American Economic Review*, 110(10), 3139–3183.
- Azzimonti, M. (2018).** Partisan conflict and private investment. *Journal of Monetary Economics*, 93, 114–131.
- Balart, P., Casas, A., Domènech-Gironell, G., y Troumpounis, O. (2025).** Turnout with polarization and campaign spending. *Documento de Trabajo*, 371. RedNIE.
- Balart, P., Casas, A., y Troumpounis, O. (2022).** Technological change, campaign spending and polarization. *Journal of Public Economics*, 211, 104666.
- Balcells, L., y Kuo, A. (2023).** Secessionist conflict and affective polarization: Evidence from Catalonia. *Journal of Peace Research*, 60(4), 604–618.
- Casas, A. (2020).** Ideological extremism and primaries. *Economic Theory*, 69(3), 829–860.
- Casas, A., Curci, F., y Moragas, A. -I., de (2024).** Judicial decisions, backlash and secessionism: The Spanish constitutional court and Catalonia. *The Economic Journal*, 134(664), 3202–3231.
- DellaPosta, D., Shi, Y., y Macy, M. (2015).** Why do liberals drink lattes? *American Journal of Sociology*, 120(5), 1473–1511.
- Esteban, J.-M., y Ray, D. (1994).** On the measurement of polarization. *Econometrica*, 62(4), 819–851.
- Gentzkow, M., Shapiro, J. M., y Taddy, M. (2019).** Measuring group differences in high-dimensional choices: Method and application to congressional speech. *Econometrica*, 87(4), 1307–1340.
- Iyengar, S., Leikes, Y., Levendusky, M., Malhotra, N., y Westwood, S. J. (2019).** The origins and consequences of affective polarization in the United States. *Annual Review of Political Science*, 22, 129–146.
- McCarty, N., Poole, K. T., y Rosenthal, H. (2006).** *Polarized America: The Dance of Ideology and Unequal Riches*. Cambridge, MA.: MIT Press.
- Miller, L. (2023).** *Polarizados: La política que nos divide*. Barcelona: Deusto.
- Montalvo, J. G., y Reynal-Querol, M. (2005).** Ethnic polarization, potential conflict, and civil wars. *American Economic Review*, 95(3), 796–816.
- Nunnari, S., y Zápala, J. (2017).** Dynamic elections and ideological polarization. *Political Analysis*, 25(4):505–534.